

ambas, hay un intento de convertir a la entrevista —modo periodístico por excelencia— en una pretexto novelístico. Pitol, es cierto, no se arriesga a lo que Vargas Llosa; no llega a escribir, simultáneamente, destruyendo el tiempo, tanto la entrevista como lo que en realidad sucedió; sin embargo el efecto que logra Pitol, es contraparte de lo de Vargas Llosa: a lo violento de éste, le corresponde un ámbito etéreo, entelarañado, distante, difuso, pero curiosamente, sensual y excitante. A la realidad abrumadora, política, del peruano, corresponde Pitol con una estética contemplativa, un tanto arcaica —como de pintura de Angel Zárraga— no por ello, menos peligrosa y bárbara; un sí que no es periodismo, un quiero y no quiero ver, una ambigüedad desconcertante del color, de la inmovilidad y de la forma.

El desfile del amor tiene lo que podríamos calificar de un sofisticado suspenso, sostenido por dos pilares fundamentales, el lenguaje y la especulación; sostenido, en síntesis, por un juego tanto verbal como anecdótico. Al tópico se le dejó lejos, se le observa, pero ya no se le anhela. Se ha logrado, al fin, juagar sin la opresión de la quimera. ♦

Sergio Pitol, *El desfile del amor*, Anagrama, Barcelona, 1984. 254 p.



Isabel Allende

mación el encanto del misterio. No hay un demente que equilibre a los demás. "Aquí la locura se repartió entre todos y no sobró nada para tener nuestro propio loco de remate". Severo y Nívea engendraron cinco hijos. De entre ellos sobresale Rosa, por su extraña belleza, y Clara, por sus habilidades adivinatorias. La extrema belleza de Rosa iniciaba su tragedia: ningún hombre se le acercaba porque no se sentían lo bastante fuertes como para pasarse la vida defendiéndola de las apetencias de los demás. A Rosa la belleza se le prolonga hasta después de la muerte. Muere joven y por un accidente, ingiere un veneno para ratas dirigido a su padre, como las mujeres llamadas a iniciar una leyenda.

La muerte de Rosa fue un escándalo público. En el sepelio los familiares iban silenciosos y sin lágrimas, como correspondía a las normas de tristeza de un país habituado a la dignidad del dolor. Este acontecimiento fue el primero de muchos actos de violencia que marcaron el destino de la familia. Clara quedó tan impresionada que *no volvió a hablar hasta nueve años después*, cuando anunció que se iba a casar con el novio de su hermana muerta.

Clara jugaba con los espíritus con la misma complacencia que se les tiene a los gatos de Angora o a los perros iinos en las tardes de ocio. "Clara pasó la infancia y entró en la juventud dentro de las paredes de su casa, en un mundo de historias asombrosas, de silencios tranquilos, donde el tiempo no se marcaba con relojes ni calendarios y donde los objetos tenían vida propia, los aparecidos se sentaban en la mesa y hablaban con los humanos, el pasado y el futuro eran parte de la misma cosa y la realidad del presente era un caleidoscopio de espejos desordenados donde

todo podía ocurrir".

Cuando Esteban Trueba descubre que en los pequeños está la diferencia entre un caballero y un patán, se enfila a la acumulación de bienes, de odios, temores y soleidades. Esteban encarnará al cacique latinoamericano que aprovecha las ventajas del progreso, pero que no cede ni un ápice en cuanto a sus principios ideológicos reaccionarios. Siempre se recordará como un buen patrón, que llevó civilización y bienestar a los campesinos. La desolación del campo termina con su llegada.

Clara se casó con Esteban sin amor. Concibieron tres hijos: Blanca, y dos mellizos, Jaime y Nicolás. La relación se mantenía con sus altas y sus bajas hasta el día en que Esteban la acusó de haber criado a su hija sin moral, sin religión, sin principios y, lo que es peor, sin sentido de clase. El padre se había enterado que su hija hacía el amor con Pedro Tercero García, hijo de su fiel administrador, de ideas pomposamente llamadas comunistas, a quien ya había querido exterminar en una ocasión sin conseguirlo. Esteban abofeteó a Clara. A partir de entonces Clara no volvió a hablar con su marido. Dejó de usar su apellido de casada y se quitó la argolla que él le había colocado más de veinte años atrás.

Los espíritus se seguían paseando por la casa de los Trueba. La historia avanzaba apresurada. Clara se dedicó a hacer obras de caridad, lo que le permitió tener un funeral apoteótico. Todo mundo le debía algo que era imposible pagarle. Con Clara se fueron los espíritus. El mundo es una humorada de Dios y por eso es una estupidez tomarlo en serio. Con la muerte de la abuela Clara-clarividente vendría la época del estropicio.

Por más que la realidad quiere parecerse a sí misma, la magia sale de cuanta piedra se levanta. Parodiando a Remedios la Bella que se fue al cielo con todo y sábanas, Clara estuvo a punto de elevarse en la terminal de pasajeros de la capital. Las creencias de un hombre se aniquilan en el vértigo de los deseos. Don Esteban estaba convencido que los varones no se debían meter con la magia, eso era cosa de mujeres; estaba seguro que a él no le asustaban ni los fantasmas más sofisticados. Aunque, después tenga que aceptar que las locuras de las espiritistas estaban cerca de la verdad.

La solemnidad de los marxistas no compromete a la doctrina. "El marxismo no tiene ni la menor oportunidad en América Latina. ¿No ves que no contempla el lado mágico de las cosas? Es una doctrina atea, práctica y funcional. ¡Aquí no puede

LA CASA DE LOS ESPIRITUS

Las fuerzas solitarias se desbocan

José Salvador Arronte

Cuando los hombres entran al laberinto de la soledad se necesita de la literatura para sobrevivir al propio espanto. Isabel Allende rescata la memoria del pasado inmediato en su novela *La casa de los espíritus*, y recrea la historia particular, tomándola como parte de un destino, inmenso y agobiante, que nunca llegamos a comprender.

La novela recoge el desarrollo de la familia de Esteban Trueba, desde principios de siglo hasta la actualidad. El escenario puede ser cualquier país latinoamericano, pero por la referencia histórica de la última parte descubrimos que es Chile. La historia llega hasta el triunfo de los socialistas en las elecciones, la toma del poder y su posterior derrocamiento.

La familia Trueba encierra desde su for-

tener éxito!". Magia y marxismo están lejos de contraer matrimonio pero muy cerca de vivir en amasiato. La buena conciencia de los capitalistas ha explotado la magia de los pueblos, guardando las distancias y las formas, para mantenerlos en el estado de gracia que produce la ignorancia. Pero como todas las medallas tiene otra cara.

La novela de Allende entrelaza de manera extraordinaria el nivel de la literatura con el nivel propio de la vida cotidiana. La realidad es tan rica que puede provocar, dentro de los estrechos marcos de la objetividad, los juegos fantásticos más brillantes. Esteban Trueba es capaz de las hazañas más inverosímiles, como la de salir de pobre, construir una casa destinada a durar mil años, crear una fortuna y un cacicazgo legendarios, llegar a ser representantes parlamentarios y defensor de los buenos de una sociedad en descomposición que sólo encuentra su razón de ser en las pobres ideas dominantes. Pero, también es capaz de un amor desmedido y único por una mujer, de la más grande de las ternuras cuando su nieta está de por medio, de llorar por su patria cuando el terror lo destruye todo y, lo más auténtico, de enfrentarse a la más cruda de las realidades: la soledad.

La lucha como vocación

Isabel Allende (Chile, 1942) trabaja como periodista desde los diecisiete años. Con esta novela se inicia como escritora; recientemente apareció su segunda novela *De amor y de sombra* también bajo el sello de Plaza & Janés.

La casa de los espíritus es una hermosa novela que nos permite sentarnos en una banca del parque a reflexionar si vale la pena prevenir el futuro a costa de amargarse el presente. La lucha como vocación y el fracaso como destino. Si la literatura nos acompaña por lo menos tendremos calor.

La realidad es más complicada de lo que parece. Las contradicciones no se acaban con ningún entusiasmo, ni siquiera con el de los militantes. Crecen y se desarrollan como enemigos agazapados y sonrientes en el interior de cada hombre que además de vivir pretende ser íntegro. La condenación histórica llega con el tiempo eso no se olvida. Pero, ¿en el ahora qué hacemos? Esperar a que los espíritus solitarios se desboquen. Sin duda encontrarán amigos en el parteaguas de la historia. ♦

Isabel Allende, *La casa de los espíritus*, Plaza & Janés, Barcelona, 1982. 380. p.

Cine

DESEARÁS LA MUJER DE TU VECINO

Reconstrucción moderna del viejo y estudiado tema del amor no correspondido, actualización de la antiquísima dicotomía entre el deseo y el amor, entre el sueño por conquistar a la mujer ideal (la que cada época y cada sociedad ha instaurado como norma de belleza) y la vigilia que invierte el sueño, *La mujer de al lado* (1981) parece la crónica de la relación amorosa siempre en decadencia y explosiva que occidente implantó desde el romanticismo hasta nuestros días. Si ya habíamos visto a Gérard Depardieu como un impostor, el héroe que su aldea maquina, en *El regreso de Martín Guerra*, y dar muestras de su versatilidad para representar su papel, en la película de Truffaut es el marido modelo, responsable, ingeniero de profesión, cuya vida es tanto más desdichada cuanto más feliz aparenta ser ante los ojos de una pequeña ciudad del este de Francia: Grenoble.

Contada mediante un típico flash-back en primera persona por uno de los testigos de la historia, *La mujer de al lado* ha sido considerada el testamento de François Truffaut. Después de *La piel suave*, *Jules et Jim*, *Los 400 golpes* y otras tantas cintas que lo inmortalizaron, Truffaut optó por este melodrama moderno en el que triunfa el desamor y la muerte, porque la pasión y el deseo pueden más que el matrimonio. La idea que subyace en *La mujer de al lado* es que el hombre, en la vida sexual y en el amor, siempre posee un doble con el que lucha incesantemente. Para cumplir esta misión, fueron escogidos Bernard (Depardieu) y Mathilde Bauchard (Fanny Ardant): cada uno se ha casado con el cónyuge que la vida (el desengaño, la realidad sin afeites) le impuso, no con el sueño adolescente que la imaginación (la locura) insinuaba. Presos en este desdoblamiento natural, Bernard y Mathilde no logran romper sus cadenas vitales (el pasado, el amor trucu- lento y desastroso que había sido su relación) sino al contrario: pisan con mayor fir-

meza las arenas movedizas del abismo. De ahí el desenlace trágico: la única posibilidad de conciliar el amor en la muerte. Estos héroes, hijos de la novela francesa del XIX, deben morir porque el apetito sexual, el deseo constante del prójimo (del vecino), son categorías irreconciliables con la vida.

La mujer de al lado es antes que nada un *love story* con final trágico, y en esto radica tal vez su mayor virtud. Truffaut quie-



re que sus criaturas sufran su pasión desenfrenada, que sean exorcizados. Bernard y Mathilde, símbolos del adulterio no buscado, es la típica pareja que no puede vivir unida, pero tampoco separada. ¿Solución? El final, una secuencia bellísima, donde se tienden la mano un asesinato y un suicidio simultáneos, muestra a los adúlteros, instantes después de copular, tirados uno sobre el otro. La escena teñida de sadismo y ternura es la síntesis de una aventura amorosa sin ventanas. A estos amantes no les fue concedida ni una porción de paraíso: separados resultan infelices, juntos no pueden estar. Un balazo pone fin a Bernard y la lucha librada con su esposa, su amante y el marido de ésta, y consigo mismo; Mathilde dispara por segunda vez, ahora contra sí misma para borrar su delirio, su amor por Bernard.

Por quién sabe qué designios, qué programadores y distribuidores de películas, *La mujer de al lado* llegó a este hambriado público cinéfilo mexicano, con cuatro años de retraso. Un film sin ninguna escena censurable (aunque contamos contigo, Censura, ama de nuestro gusto cinematográfico), aparece en 1985 como novedad. Con todo, en estos desolados tiempos de devastación económica, es recomendable la perseverancia y la bienvenida a esa película de Truffaut. ♦

La mujer de al lado (*La femme d'à côté*), película francesa dirigida por François Truffaut (1981) con Gérard Depardieu y Fanny Ardant.